

10.- LA MUERTE DE UN ABOGADO.

Jesús ORRUÑO PÉREZ DE AGUADO

E-23002 JAÉN (España)

Lactarius 5: 116-121 (1996). **ISSN:** 1132-2365

El viernes por la mañana Justo se dio cuenta de que no mejoraba, tras despertar de un corto sueño. Se vio tendido en una cama de hospital con los brazos inmovilizados y perforados de sondas, con el sexo y el ano entubados, rodeado de aparatos eléctricos y de silencio. A una enfermera sentada a su lado se le caía la cabeza después de una noche de vela. Sabía que dentro de poco volvería a comenzar la tortura: lo sodomizarían con nuevas gomas sorbiendo veneno de su intestino, aspirarían toxinas de su vejiga y seguramente también la vida, que se aferraba a su cuerpo produciéndole un dolor que los médicos no podían imaginar por mucho que fueran médicos. Llegarían con batas blancas o verdes, pero no le liberarían los brazos ni le dejarían ver por última vez a su hija de

cuatro años, volverían a hablar de fase visceral, de diátesis hemorrágica, de tiempo de Quick, de los valores enzimáticos, quizá le conectaran de nuevo a la máquina grande. No debía de ser suficiente con las pequeñas. Se sintió el hígado como una inmensa bola de dolor, el intestino lleno de pequeños cristales, el sexo inerte, la boca llena de arena seca, los huesos de la cara doloridos. Se acordó de los rostros de su mujer y de su hermana, a quienes un médico amigo les dejó seguramente entrar ayer para que le vieran por última vez. Rocío sonreía para darle ánimos. Luisa trataba de fingir una expresión neutra para no alarmarle. Pero el beso que le dieron era de adiós.

A la sala de al lado llegaron sus familiares y su amigo. El no

lo sabía. Preguntaron si podían verle y les respondieron negativamente.

-De momento no. A ver lo que dice el internista.

Su padre le repetía a Carlos:

-¿Pero como cogisteis esas mierdas?

Carlos intentaba dar explicaciones, pero el padre repetía:

-¿Pero como cogisteis esas mierdas?

La madre callaba, con cara de esperanza. El amigo se dirigió a la hermana, que entendía algo de setas.

-El domingo sólo íbamos a los champiñones, pero Justo debió de coger otras especies.

-¿No le explicaste como se distinguen?

-Claro. Le dije que cogiera solo las blancas, que mirara por debajo, que debían tener las láminas rosas o pardas.

-¿Y luego no las comprobaste tú o qué?

-Sí, les eché un vistazo, pero había muchas pequeñas a las que no presté mucha atención. Eran

como huevos. Tenía que haberlas abierto para verles las láminas. Fue culpa mía

La conversación se había repetido varias veces los cuatro días anteriores.

La niña reiteraba:

-Quiero ver a mi papá.

La madre de la niña hablaba de otras cosas para quitarse de la mente que se iba a quedar sin marido. Llevaba un legajo de exámenes para corregir que nunca terminaba. Llevaba un brillo en los ojos que era de resignación, deseo de vida y tristeza.

El padre se levantó y dijo:

- Psss.

La madre miró al suelo del hospital. Luisa, la hermana, cambió de interlocutor y se dirigió a Rocío para que pudiera hablar de cosas sin importancia. Carlos se sentía cada vez más culpable.

»Esto desembocará en la muerte - pensaba Justo rodeado de tubos, crucificado de gomas y cables.- El cuerpo que le quedaba, además de darle sufrimiento le daba risa. El final era bienvenido porque cesaría el dolor, pero ¿sería el final total? Y la

vida eterna, ¡qué?»

Desde hacía varios días venía dándole vueltas al tema: no creía en cielo del Nuevo Testamento ni tampoco en el infierno, pero creía en algo. Más bien lo intuía. Primero tenía que preguntarse que sabía. Le venía a la mente la frase de Sócrates, pero no, no era eso. El sabía algo que necesitaba racionalizar. Toda una vida que no sirviera más que para dejar de existir no podía ser. No podía ser efímero, ni el ni nadie. El conocimiento humano tenía unos límites en cada momento. Un rayo de sol que milagrosamente se filtraba en la U.C.I. se descomponía en colores al llegar a la arista de un cristal. Descubrió que en siglos pasados existían sólo los colores visibles para el ojo humano. ¿Acaso no se sabía ahora con rigor científico que existía toda una gama de rayos que en épocas anteriores no era posible ni siquiera imaginar? Los ultravioleta, los infrarrojos. ¿Por qué negar entonces una dimensión desconocida para el hombre?

Entraron los médicos, hablaron de valores enzimáticos, de la actividad protrombínica, del restablecimiento de las funciones

hepáticas, del coma hepático. No pudo sacar ninguna conclusión de ese lenguaje científico incomprendible. Buscó en los rostros de los galenos una sombra de esperanza que no encontraba. Uno de ellos, que le pareció el jefe, fuerte, con cara despreocupada, le dijo:

-¡Ánimo, chaval!

»¿Significaba eso que tenía posibilidades de recuperarse?

Le enchufaron a la máquina grande. Diálisis. Le volvieron a sodomizar.

-Aspiración, carbón activado -decían los doctores. Le violaron el sexo con un pene plástico y alargado, inhumano del dolor que producía y de impasibilidad.

-Diuresis forzada -decían

-¿Cuántos mililitros por hora?

-No vayas al hospital - le dijo un día una viejecita.- Si no te has muerto todavía, se te ponen los médicos encima cargados de cacharros, unos por un lado, otros por otro, y te matan ellos. No vayas al hospital, que es lo mismo que la funeraria.

Las praderas de champiñones vinieron a su mente, las setas

comidas en un revuelto para cenar, estaban buenas.

»¡Tragón!

La diarrea matinal del lunes, violenta, sanguinolenta. El libro que consultó esa mañana antes de ir a Urgencias: **Agaricus campestris**, **Amanita phalloides**, confusión de gilipollas, solo un gilipollas podía confundir esas setas.

“Síndrome faloidínico, que tarda muchas horas en manifestarse”.

Entre los nervios, el dolor abdominal, vómitos y diarrea no le dio tiempo a comprender mucho: *“sólo que al día siguiente mejoraría (como así fue), des-pués empeoramiento progresivo. Síndrome faloidínico o ciclo-peptídico, diagnóstico de mortalidad o secuelas para toda la vida.”*

»¿Pero qué porcentajes de pacientes moría?

GUÍA DE LOS HONGOS DE LA PENÍNSULA IBÉRICA: *“los agáricos láminas rosas, las amanitas láminas blancas y volva”.*

»¿Quién iba a pensar que esos champiñones cerrados eran ama-

nitias mortales?

Sobre la cama del hospital se insultaba: gilipollas, ¡gilipollas!

Le dolía el cuerpo, le dolía su estupidez. Volvió a las praderas, sembradas de semiesferas blancas con una calavera en la cúpula y las convirtió en huevos de paloma. De las escarpadas montañas hizo suaves taludes cubiertos de tréboles y amapolas, salpicados de encinas y de retama. En la torrentera de pizarras secas colocó un río lleno de meandros y de libélulas, de peces curiosos que se asomaban al mundo gaseoso entre nenúfares. El sol no quemaba en la piel, la acariciaba. Deseaba vivir.

El jefe de los médicos habló con la familia:

-Hoy se inicia un descenso de los valores enzimáticos. Si esto se acompaña de una recuperación de la actividad protrombínica, estaremos ante un restablecimiento de las funciones hepáticas.

Carlos iba a decir *“me alegro”* con ademán de burla pero se contuvo. Prefirió: - ¿Y qué?

-Que si el hígado empieza a funcionar, está salvado.

- ¿Le quedaran secuelas, si se salva?

- Puede que sí, puede que no. es joven, es fuerte. Habrá que tener esperanza.

La madre profirió:

- ¡Ay, Dios mío!

Rocío y Luisa se miraron con ojos de alegría. La niña quería ver su papá y el padre dijo:

- ¡Para que cogereís esas mierdas!

Justo se reafirmó en su axioma particular. Tenía que existir otra dimensión. Un argumento nuevo le iluminó su cerebro: si el hombre tuviera la certeza total de otra vida distinta tras la actual, todas las personas se suicidarían ante las contrariedades, el hombre dejaría de existir en esta dimensión actual para irse rápidamente hacia la futura. El orden del universo, por alguna razón, no puede permitir eso, al menos de momento. Las dimensiones son compartimentos estancos opacos hacia el porvenir, aunque algo transparentes hacia el pasado. Así se garantiza el devenir, que de otra forma no existiría. Respiró. En el horizonte se abría la puerta de un nuevo mundo. Se

repetía constantemente el argumento para no olvidarlo. Eso además concordaba perfectamente con su peculiar agnosticismo de siempre: seguramente el conocimiento humano no encontrará nunca a Dios, pero no por eso debía dejar de buscarlo. Justo siempre lo había tenido presente. Esa búsqueda radicaba en tender hacia el bien, simplemente, dejándose de liturgias, de rezos y de puñetas. Tender hacia el bien intuyéndolo y estudiándolo. Reconocía que no siempre había sido consecuente, sobre todo en su trabajo de abogado. A veces había asistido a lobos culpables que se habían comido a las ovejas inocentes. ¿No hacían eso todos los letrados? Pero había una espina que llevaba clavada especialmente: el desahucio de aquel pobre viejo que se negó a pagar la última letra de su televisor. Recordaba su expresión de asombro y de rabia viéndole salir del edificio entre dos policías.

- ¿Adónde voy a ir yo ahora?
- decía.

La mirada que le dirigió. El piropo: ¡malditos abogados!.

»¡Tenía aún que reparar aquel mal que él, en combinación con

el poder judicial y con los hacedores de leyes, había causado!.

Pero globalmente se sentía satisfecho por sí solo, mucho más que aún si pensaba en el maniqueísmo de las religiones: en el premio del bien y del mal. También había defendido casos imposibles que había ganado contra el despiadado dinero, contra jueces negligentes, contra leyes injustas y decretos partidistas. Esa había sido su tendencia, con la que se hubiera sentido completamente a gusto si hubiera podido proclamar la justicia abiertamente y no trabaja siempre con triquiñuelas y subterfugios legales. ¿Qué abogado podía atacar a las claras a un juez vendido o a una ley injusta?

Sin embargo, el miedo a la muerte era más fuerte que aquellos argumentos que se reiteraba y que inútilmente trataba de elaborar mejor, allí tumbado en la cama de la U.C.I., sin un amigo que le acompañara al viaje. Ante el miedo de la muerte, con la muerte al lado, solo cabía morir.

El dolor le daba risa, lo mismo que un pasado inútil. Era absurdo sufrir tanto y que su carrera, su trabajo, su amor, su imaginación, su alegría... se cayeran a un pozo y se fundieran en la nada. Sufrir y morir, gozar y vivir, pero al final la nada. ¡Era imposible!

Al día siguiente el jefe del servicio dijo:

- Se está cumpliendo el pronóstico. ¿Qué quiere decir?

- Que se están restableciendo las funciones hepáticas.

- ¿Se va a curar?

- Eso parece. Tiene suerte.

Tras unas semanas, Justo volvió a su casa. Todos le quisieron más. Su madre le dio gracias a Dios. Su padre les regaló un jamón a los médicos y bombones a las enfermeras, pero pensó: ¿para qué cogerían esas mierdas?

Justo seguía dando vueltas a sus argumentos pero no lograba sistematizarlos. Intuía que tenía que hacer algo más en esta dimensión. Se hizo escritor.